

Hoy,

Sitiado por vuestro recuerdo
Y su áspera dulzura,
He deseado ser simplemente
un cuerpo
Sin atributos ni honores,
Ni marca, ni código de barras,
Más acá de la historia
Y de su huella insalvable.
Sencillamente eso, un cuerpo,
Convexo o cóncavo
Y un vacío como un cuenco
Abierto a todos los cuerpos.
Un cuerpo manso, como fruta caída,
Verdaderamente vuestro.
Verdaderamente mío.

Juan Sánchez-Enciso

PRESENCIAS

Ahí estáis, os imagino:

Tú riegas la planta

En la que ha brotado

La flor blanca que esperabas,

Y sonrías y luego echas más caldo

Al pollo que asas en el horno nuevo.

Tú recorres el pasillo de seis metros

Hasta hacer los seis kilómetros diarios

Que hace un mes y dos días te impusiste,

Que tú eres hombre de cumplir con tu palabra.

A ti te veo ahora dibujando

otra de esas caras misteriosas

Que luego dices que te asustan y la borras

Como haces con casi todos tus dibujos.

Tú conjuras el terror con las canciones

Que les gustan tanto a Mario y Eva,

Sabiendo que esta vez no los engañas.

¡Menudos son tus hijos para eso!

Mírate tú, con el gin y con el porro

Que intentas dejar siempre y que no puedes,

“Que pase algo, Señor, en quien no creo

Y te juro que lo dejo para siempre”,

Pero el Cielo no te oye, que es lo suyo

Y tu mujer seguirá sin decir nada.

Tú lees un libro y luego otro

Y otro y otro más, sin darte tregua.

Y por un momento sientes

que has entrado en el mundo de una página,

Un nido de palabras y silencios,

de gente que pulula, llora, ríe
en medio de la noche inacabable.
Veo tu mano pálida y tan fina
Tus grandes ojos negros concentrados
En un futuro de bosques, de ciudades
Que corren por tu Tablet libremente,
Antes de que la apagues y suspires.
Y seguro que hoy tú te has vestido
Como si fueras a salir de fiesta,
Perfecta, combinada, como siempre,
De la cabeza a los pies, a los zapatos
Que aún no habías estrenado
Y vas quitándote la ropa
Para dejarla en la banqueta antigua
A los pies de tu cama
Que hace tiempo que no canta.
Tú has frito montones de torrijas
Que no vamos a poder comernos nunca,
Porque hoy es jueves santo
Y hay que celebrar las tradiciones,
Que te unen a tus vivos y a tus muertos,
Tú sueñas, cantas, duermes,
Te lavas una y otra vez las manos,
O lloras y lo admites:
¡A la mierda el pensamiento positivo!
O las sábanas te esconden de la luna
Que hoy es enorme y roja.
O tienes todos los síntomas del virus
Por el miedo que tienes a tenerlos
De veras. Y yo pienso

En ti y en ti, también en ti
En los tus que mi yo siempre ha abrazado
Hace muy poco, aunque parezcan años.
Y me lavo las manos
Con muchísimo jabón
y agradezco
la vida que he tenido
junto a vosotros,
benditos otros, benditas otras
que llenáis de luz mi nombre cada día.

Brasas en la noche

Amor, sé que no duermes,
Que estás oyendo el canto arisco
De la lluvia, uñas de gato
Sobre los cristales.

Que oyes también el viento
Con su aullido de lobo, que presientes
La impasible luna alta que se cuece
A fuego lento encima de la almohada.

Sé que pronto te tendré a este lado
Del amor, que embravecida
Sufriré en mi boca el ascua de tu boca
Y en mi cintura el tibio nido de tus muslos.

Que abrirás una herida en mi costado
Para sanarla en el calor del tuyo.

Y que haremos que no vemos la ventana,
Que se ha llenado de alas de desdicha
Y de rojas pupilas, y de garras.

Hombre en un balcón

Ahí está,
como todas las tardes,
el hombre acodado en la baranda
del balcón, en los dedos
de la otra mano un cigarrillo
Que apenas se lleva a la boca, pelo blanco,
más bien alto,
la mirada
perdida,
aunque
Tal vez me esté mirando a mí,
pero no puedo asegurarlo,
está lejos,
a unos doscientos metros más o menos.
Esta tarde
ha lloviznado, como ayer,
como dicen
que va a lloviznar mañana.
Y el hombre
Al otro lado de esta plaza solitaria
Parece
colgado en el espacio,
Solo
en el barrio, en la ciudad, en el mundo.
Quiero gritarle: ¡oiga, aquí estoy yo!,
en el bloque que mira a la palmera,
mi balcón
No está muy lejos del suyo.
Podemos compartir alguna cosa:

Que aún estamos vivos

y no es poco.

Que hemos amado alguna vez, tuvimos hijos

Hacíamos comidas en familia, éramos parte

De una unidad más grande que nosotros.

Yo también

Estoy colgado en mi balcón,

También espero

Que algo rompa esta llovizna que no cesa,

Esta calma en la que anida la amenaza,

nuestra plaza vacía, las sirenas

que parecen no alcanzarnos por ahora.

Para quienes ya no estáis

Un paquete de cigarros aún no abierto.

Una polvera que aún no se ha cerrado.

Una canción que ya no tiene quien la cante,
al menos como tú lo hacías, “cantaora”.

Una mirada que buscan los espejos.

Una historia del pueblo repetida

Que se ha ido contigo para siempre.

Una butaca

Dormida frente a la tele que te regalamos.

Esa letrita

tan apretujada, “es que nunca fui a la escuela”.

Un ocho

y un cinco no estrenados

En los dedos absortos de tu hijo.

Esa manera tuya tan querida

De no atinar con el nombre y la persona.

La novela

turca de las siete y media

que perdió a su malvado y su heroína.

Un: “hija, cuando pelas las patatas

te dejas la mitad, qué desperdicio”.

El jersey para el nieto que esperabas

y te conocerá por un retrato:

las agujas en cruz sobre una manga a medias.

La pipa “con olor a Babilonia”,

“¿y dónde para Babilonia, abuelo?”

El pájaro en la jaula

que sabe que algo pasa.

La gata erizada

que bufa a quien trata de acercarse.

El cepillo con cabellos blancos,

“¡qué hermoso pelo tenías, mamá!”.

El retrato amarillo de tu hijo,

con cara de volver a haberse muerto.

El olor a Heno de Pravia, las palabras

como “flix” o “jofaina” o “abrevadero”

que se van a dormir al diccionario.

Presencias de los y las que fuisteis

que no saben vivir sin vuestro aliento,

sin la razón de ser de vuestro nombre.

Y así os iréis marchando, lentamente

Y cerraréis la puerta despacito.

Hasta el día en que la ausencia será dulce

y sabremos que sois nuestros para siempre.

Pájaros

Hoy,
sentados en las sillas del balcón,
paseando la mirada sin objeto,
dejándola vagar por el espacio
de la plaza hoy ya con niños,
de repente una mancha amarilla
y roja que da saltos
entre las ramas del castaño viejo
que tenemos delante. “Un agapornis”
grita Violeta, “se ha escapado,
seguro”, añade Neme, y Concha dice:
“no se atreve a volar, el pobre bicho,
seguro se ha escapado de una jaula”
Entonces yo escribo en el google
del móvil “cómo canta el agapornis”
y alargo el brazo tras la barandilla
para que el pájaro escuche la llamada
de otro de su especie y que levante
el vuelo hacia nosotros y hasta anide
en el hueco de una mano de Violeta,
que se quede para siempre en nuestra casa,
que ya nos traerán por Amazon la jaula.
Pero el pájaro no se mueve o da saltitos
como si una red invisible lo atrapara.
Viene un grajo y se posa en otro árbol,
muy cerca del castaño, con el pico
apuntando implacable al agapornis.
Y los cuatro nos miramos en silencio,
conscientes de haber vivido el mismo sueño

sobre un agapornis amarillo y rojo,
tres de una tarde muy azul de mayo;
la plaza con los niños, el sol alto.

Un concierto en el confinamiento.

El cielo conmovido que percute
en el cuerpo rosado de Jacqueline
Du Pré, anida entre los muslos
de niña grande, el ceño estremecido.
Es del cielo que baja
ese rayo de luz que enloquece los brazos.

Silencio...

Pero sentid cómo otra fuerza sube
desde las fibras más hondas de la tierra
y asciende por la mano que sostiene el arco.
Es un légamo rojo que sacude
el pobre cuerpo de la chica,
ahora una rama cosida a la tormenta.

Silencio...

Los que la conocieron cuentan
que la ignición del arco y de las cuerdas
llenaba el aire de un dolor insoportable,
y la música era entonces
como un parto de luz entre las piernas.

Silencio final...

Hoy no estás en casa

Para amar también se necesita espacio
y alguna hora avariciosa, a veces.

Sentirte, por ejemplo, en este instante
como eventualidad, como amenaza
de una puerta que se abra de repente
y me traiga el alboroto de tu risa.

Es verdad, tu ausencia está presente
en cada grifo que abro, en la ventana
que libero al día, al sol radiante;
en la sábana limpia, el pan que corto,
en el espejo que sueña con tu cara.

Hoy me siento exultantemente solo
porque sé bien que tú me esperas siempre
al borde de mi ausencia y mi silencio.

Y sé también que amor es el deseo
de desear que no estés para añorarte,
para cantarte en todo lo que calla.